

## **HABILIDADES SOCIALES EN LA EDUCACIÓN PREESCOLAR: UN FACTOR CLAVE PARA EL DESARROLLO INFANTIL**

**Juan Miguel Castro Camacho<sup>1</sup>**

**Orcid:** 0000-0003-1526-5880

**e-mail:**

castrocamachojuanmiguel@gmail.com

**Institución Educativa Distrital Santamaría**

**Diana Milena Fonseca Medina<sup>2</sup>**

**Orcid:** 0009-0007-3014-9526

**e-mail:** dianamilena.fm@gmail.com

**Instituto Técnico Empresarial El Yopal**

**Ingris Maria Torres Zarante<sup>3</sup>**

**Orcid:** 0009-0006-6947-277X

**e-mail:** itorreszarante@gmail.com

**Institución Educativa Distrital Santamaría**

**Recibido: 01/07/2025**

**Aprobado: 30/07/2025**

### **RESUMEN**

Las habilidades sociales, tales como la empatía, la comunicación asertiva, la autorregulación emocional y el trabajo colaborativo, son fundamentales para el desarrollo integral en la infancia temprana. Este ensayo científico, de carácter argumentativo y enfoque dialéctico, analiza críticamente la necesidad de incorporar estas competencias de forma sistemática y transversal en los programas de educación preescolar. A partir del análisis de estudios recientes y del respaldo normativo e institucional de organismos como el Ministerio de Educación Nacional (MEN), la UNESCO y la ONU, se contrastan las fortalezas y vacíos de las prácticas pedagógicas actuales en contextos latinoamericanos. Se sostiene que la formación en habilidades sociales no debe depender de iniciativas aisladas, sino integrarse como eje estructural del currículo, desde una pedagogía intencionada, lúdica y humanista. En la propuesta planteada, se enfatiza la formación docente en competencias socioemocionales, el diseño de ambientes afectivos y colaborativos, y la creación de estrategias evaluativas cualitativas que valoren el desarrollo ético y emocional de los niños. Se concluye que fortalecer estas habilidades desde los primeros años de vida no solo mejora el

<sup>1</sup>Magíster en Microbiología Molecular de la Universidad Libre. Docente en Institución Educativa Distrital Santamaría, Barranquilla-Colombia.

<sup>2</sup> Magíster en Educación de Universidad Pontificia Bolivariana. Docente en Instituto Técnico Empresarial El Yopal, Colombia.

<sup>3</sup> Magíster en Literatura Hispanoamericana y del Caribe de la Universidad del Atlántico. Docente en Institución Educativa Distrital Santamaría, Barranquilla-Colombia

rendimiento escolar y la convivencia, sino que contribuye a la construcción de una ciudadanía crítica, empática y comprometida con la transformación social.

**PALABRAS CLAVE:** Ciudadanía, desarrollo infantil, educación preescolar, habilidades sociales, pedagogía.

## SOCIAL SKILLS IN PRESCHOOL EDUCATION: A KEY FACTOR FOR CHILD DEVELOPMENT

### ABSTRACT

Social skills such as empathy, assertive communication, emotional self-regulation, and collaborative work are essential for comprehensive development in early childhood. This scientific and argumentative essay, with a dialectical approach, critically examines the need to systematically and transversally incorporate these competencies into preschool education programs. Based on the analysis of recent studies and the institutional support of organizations such as the Ministry of National Education (MEN), UNESCO, and the UN, it contrasts the strengths and gaps in current pedagogical practices in Latin American contexts. It argues that social skills training should not rely on isolated initiatives but be integrated as a structural axis of the curriculum, grounded in intentional, playful, and humanistic pedagogy. The proposed model emphasizes teacher training in socioemotional competencies, the design of affective and collaborative environments, and the implementation of qualitative evaluation strategies that value the ethical and emotional development of children. It concludes that strengthening these skills from early childhood not only improves school performance and coexistence but also contributes to the construction of a critical, empathetic, and socially committed citizenship.

**KEYWORDS:** Citizenship, child development, preschool education, social skills, pedagogy.

La educación preescolar representa una etapa decisiva para la formación integral del ser humano, ya que durante este período se consolidan las bases emocionales, cognitivas y sociales que influirán a lo largo de su vida. En este contexto, el desarrollo de habilidades sociales debe entenderse como una prioridad formativa y no como un complemento opcional del currículo. El niño en edad preescolar aprende a relacionarse con su entorno, a interpretar emociones, a resolver conflictos y a trabajar con otros hacia objetivos comunes. Sin embargo, estas capacidades no emergen de manera espontánea, requieren de una mediación pedagógica estructurada, intencional y permanente.

Sin embargo, estas capacidades no emergen de manera espontánea, requieren de una mediación pedagógica estructurada, intencional y permanente. Según Fernández-Batanero, Montenegro-Rueda y Martínez (2022), "la adquisición de competencias socioemocionales desde edades tempranas favorece el desarrollo integral del niño, fortalece la adaptación escolar y previene problemáticas socioeducativas" (p. 77). Esta afirmación resalta que la sociabilidad en la infancia no es un rasgo accesorio, sino un componente esencial del desarrollo humano, cuya ausencia puede afectar incluso la capacidad de aprender.

A pesar de la importancia de estas habilidades sociales, los programas de formación inicial muchas veces se enfocan en aprendizajes instruccionales, dejando de lado el aspecto emocional y social del desarrollo infantil. Esta omisión puede derivar en consecuencias para la formación de los niños, quienes se ven enfrentados a contextos

de exclusión o agresividad, sin contar con herramientas necesarias para afrontarlos. Según Tuárez y Tarazona (2022), en la educación inicial, “el juego es la forma natural de incorporar a los niños en el medio que los rodea, para aprender a relacionarse con los otros, entender las normas y reglas a las que deben sujetarse en la sociedad” (p. 460). Esta visión refuerza la idea de que el juego no es solo una actividad recreativa, sino una metodología pedagógica fundamental para el desarrollo de habilidades sociales, pues permite que los niños ensayen roles y practiquen la convivencia en un entorno simbólico y seguro.

La situación se agrava en regiones como América Latina, donde la inequidad social y el acceso desigual a una educación de calidad aumentan la vulnerabilidad de millones de niños. Según la ONU (2022), más de 258 millones de menores no acceden a procesos educativos, lo cual los priva de espacios institucionales que propicien la interacción, la regulación emocional y la convivencia democrática.

En consonancia con lo anterior, la ONU (2022) establece que:

La educación de calidad no solo implica acceso a la escolaridad, sino que debe garantizar experiencias de aprendizaje significativas, que integren el desarrollo emocional, la inclusión, la equidad, la participación activa de los niños y niñas, así como entornos seguros y afectivos que les permitan desarrollar habilidades para la vida. (p. 4)

Esta declaración enfatiza que el concepto de calidad educativa debe ser entendido desde una perspectiva holística, donde los logros académicos no pueden disociarse del desarrollo emocional y social de los estudiantes. En este marco, las habilidades sociales emergen como una dimensión crítica que permite a los niños establecer vínculos positivos con sus pares y adultos, resolver conflictos de manera asertiva, trabajar en equipo y participar activamente en su entorno. En contextos como América Latina, donde persisten altos niveles de desigualdad y violencia, el desarrollo intencionado de estas habilidades constituye un factor protector frente a la exclusión, la discriminación y el fracaso escolar. Incorporarlas de manera estructurada desde la educación preescolar no solo mejora el clima escolar, sino que construye las bases de una ciudadanía democrática, empática y pacífica, tal como lo demanda la agenda global por una educación inclusiva y equitativa.

En esta línea, Corzo Orozco (2020) sostiene que “fortalecer las habilidades sociales desde la infancia contribuye a prevenir conductas agresivas, mejora la autoestima y favorece el rendimiento académico” (p. 3). Esta afirmación es clave porque plantea una relación directa entre las habilidades sociales como empatía, comunicación, trabajo en equipo, resolución de conflictos y otros indicadores relevantes del desarrollo infantil, como la salud mental y el éxito escolar, reforzando la urgencia de que estas habilidades sean trabajadas desde edades tempranas. A su vez, estas competencias favorecen el sentido de pertenencia y reducen el riesgo de aislamiento social, lo cual repercute positivamente en la construcción de vínculos afectivos sólidos.

También permiten que los niños regulen sus emociones en situaciones de estrés o frustración, mejorando su capacidad de autorregulación y convivencia.

En el contexto colombiano, la preocupación por el desarrollo de las habilidades sociales en la infancia ha ganado visibilidad en políticas públicas como la Ley 1804 de 2016 –Ley de Cero a Siempre–, que reconoce el desarrollo integral como un derecho de la primera infancia. No obstante, estudios advierten una brecha entre el diseño de estas políticas y su implementación real. Investigaciones como la de Garay-Mantilla et al. (2021) muestran que, aunque existen esfuerzos por incorporar estrategias como el juego cooperativo, los docentes enfrentan limitaciones estructurales y escaso acompañamiento institucional. Esto pone en evidencia que el abordaje de las habilidades sociales sigue dependiendo de la voluntad individual del maestro y no de una política curricular sólida. Así, Colombia refleja la tensión entre el discurso oficial de educación integral y la realidad de un sistema aún centrado en lo académico y desarticulado en lo emocional y social.

Partiendo de lo anterior, el objetivo de este ensayo es argumentar la necesidad de incorporar sistemáticamente el desarrollo de habilidades sociales en la educación preescolar. Para ello, se adoptará un enfoque argumentativo-dialéctico, en el que se analizarán algunos estudios sobre el desarrollo infantil, se contrastarán experiencias pedagógicas significativas y se propondrán lineamientos para la transformación curricular. La reflexión gira en torno a una premisa central: formar seres humanos

Íntegros incluye educar tanto la razón como la emoción; tanto el intelecto como la capacidad de convivir en sociedad.

Así, este texto no solo busca evidenciar el vacío pedagógico existente, sino también ofrecer caminos posibles para revertirlo, desde una práctica educativa ética, crítica y transformadora, en consonancia con los principios de la educación integral y la pedagogía para la paz. En este sentido, autores contemporáneos como Murillo y Duk (2021) afirman que “la educación debe orientarse a la formación de sujetos capaces de entender la complejidad social, dialogar con la diferencia y construir relaciones desde la justicia y la dignidad” (p. 58). Este planteamiento nos interpela a asumir una visión humanista de la educación desde los primeros años de vida, orientada a formar sujetos capaces de convivir con el otro desde el respeto, la cooperación y la empatía.

La evidencia recogida en diversos estudios señala que el fortalecimiento de las habilidades sociales desde edades tempranas favorece no solo el éxito en el entorno escolar, sino también el bienestar a lo largo de toda la vida. Una adecuada educación socioemocional permite a los niños construir redes de apoyo, desarrollar una autoestima saludable y enfrentar de manera resiliente los retos que se presentan en sus trayectorias académicas y sociales. En este sentido, una educación preescolar que contemple explícitamente estos aprendizajes no solo mejora la calidad educativa, sino que cumple un rol preventivo frente a fenómenos como el acoso escolar, la exclusión social y el abandono educativo.

Además, considerar las habilidades sociales como núcleo central de la educación inicial responde a los principios de una pedagogía humanizadora, que reconoce al niño como un ser social en permanente construcción. Desde esta perspectiva, el docente se convierte en mediador de interacciones significativas que promueven el respeto mutuo, la cooperación y la resolución pacífica de los conflictos. De este modo, la educación preescolar deja de ser solo la antesala de la escolaridad formal para consolidarse como el primer escenario donde se cimientan los valores democráticos y las competencias para la vida en comunidad, elementos indispensables para la formación de ciudadanos activos, críticos y comprometidos con su entorno.

La presente reflexión argumentativa parte de una convicción pedagógica profunda: las habilidades sociales no son añadidos periféricos al currículo escolar, sino elementos estructurales en la formación del ser humano desde la infancia. Esta visión reconoce que el ser humano es esencialmente un sujeto social que construye su identidad en interacción con los demás. En tal sentido, negar la enseñanza explícita de habilidades como la empatía, comunicación, trabajo en equipo y resolución de conflictos equivale a desatender una dimensión esencial del desarrollo infantil. La escuela preescolar, por tanto, no puede limitarse a una función instructiva centrada en lo cognitivo, sino que debe desempeñar una función formadora desde lo ético y afectivo, siendo la primera plataforma institucional donde el niño se encuentra con el otro de manera sistemática y prolongada.

En consecuencia, se sostiene que la educación preescolar debe asumir como prioridad formativa el desarrollo intencionado, progresivo y contextualizado de las habilidades sociales. Esta prioridad no puede quedar sujeta a iniciativas aisladas o a la voluntad individual del docente, sino que debe estar inserta en la política curricular, en la planificación institucional y en las estrategias de evaluación. Estudios recientes como los de Álvarez-García et.al (2020) han señalado que "las habilidades sociales son factores protectores frente a problemas de comportamiento y se asocian con el éxito académico y la adaptación escolar" (p. 4). Así, promover dichas habilidades desde edades tempranas es un imperativo ético, político y pedagógico para toda sociedad que aspire a una convivencia democrática.

Esta proposición se fundamenta en la necesidad de que los procesos de socialización y aprendizaje durante la primera infancia estén dirigidos no solo al logro de competencias cognitivas, sino también a la consolidación de competencias comunicativas, afectivas y éticas. Estas dimensiones del desarrollo humano no son independientes entre sí, sino interdependientes. Estudios como los de Rabasco et al. (2023) han demostrado que los niños que desarrollan adecuadamente sus habilidades sociales tienden a presentar mejores desempeños académicos y una menor incidencia de comportamientos disruptivos. Desde esta perspectiva, ignorar estas habilidades en la formación inicial constituye una forma de exclusión simbólica, pues se omite la formación de capacidades clave para la vida personal y ciudadana.

Esta postura se alinea con el enfoque de desarrollo integral y con los planteamientos recientes sobre la educación emocional y la ciudadanía global. Autores como Domínguez, García y López (2021) destacan que "la educación actual debe preparar a los estudiantes para vivir en una sociedad diversa, compleja y en constante cambio, donde las habilidades emocionales y sociales son esenciales para la cohesión y la paz" (p. 92). Por ello, enseñar a los niños a convivir, a dialogar, a resolver conflictos y a expresar sus emociones de forma asertiva se vuelve tan fundamental como enseñar a leer, escribir o contar. La educación inicial no debe ser la antesala del rendimiento académico, sino el escenario de formación de sujetos éticos y cooperativos.

Por tanto, este ensayo se compromete con una visión ética y crítica de la educación inicial, en la cual el desarrollo de habilidades sociales no sea visto como una actividad complementaria, sino como una responsabilidad pedagógica esencial. Esta responsabilidad demanda de los docentes no solo sensibilidad social, sino también formación específica y estrategias didácticas adecuadas, así como la articulación permanente con las familias y el entorno comunitario. Es necesario superar la dicotomía entre la instrucción y la formación, y reconocer que ambas dimensiones son complementarias y necesarias en una pedagogía verdaderamente humanista.

Así, esta proposición no se formula de manera aislada, sino como un compromiso integral del sistema educativo con la dignidad, la inclusión y el bienestar emocional del niño en su trayectoria educativa desde los primeros años de vida. Apostar por el desarrollo de habilidades sociales desde la educación preescolar implica

transformar las prácticas, las mentalidades y los discursos que aún privilegian el saber por encima del ser. Esto requiere una voluntad política clara y sostenida que garantice la formación docente, el acompañamiento institucional y la inversión en recursos didácticos. También demanda la participación activa de toda la comunidad educativa, incluido padres y cuidadores, para consolidar una cultura de respeto, diálogo y corresponsabilidad. Esta es una apuesta por la educación como acto político y ético, donde el otro no es un obstáculo, sino una posibilidad de construcción colectiva del conocimiento y la convivencia.

Desde esta perspectiva, considerar las habilidades sociales como ejes centrales del currículo en la educación preescolar no solo responde a una necesidad de desarrollo individual, sino también a una exigencia social contemporánea. En un mundo cada vez más globalizado e interdependiente, la capacidad de comunicarse de manera efectiva, de colaborar con otros y de gestionar adecuadamente las emociones se ha vuelto indispensable. Por tanto, omitir el trabajo sistemático de estas competencias desde la infancia no solo limita el desarrollo personal del niño, sino que también afecta su futura inserción en una sociedad que demanda altos niveles de competencia socioemocional. La educación preescolar tiene, así, la responsabilidad ética de formar sujetos sociales que puedan convivir en la diversidad, resolver conflictos de manera pacífica y contribuir activamente a la construcción de comunidades democráticas.

Además, asumir esta visión requiere que las instituciones educativas superen la tradicional separación entre el desarrollo cognitivo y el socioemocional, reconociendo

que ambos procesos son interdependientes. Esta integración debe manifestarse en los propósitos educativos, en las prácticas pedagógicas y en las formas de evaluación. Un currículo que priorice las habilidades sociales desde el nivel preescolar no solo favorece aprendizajes más significativos, sino que potencia el desarrollo integral del niño en todas sus dimensiones. De este modo, la educación inicial se convierte en un escenario privilegiado para promover el respeto mutuo, la cooperación, el diálogo y la solidaridad, valores esenciales para una ciudadanía activa y comprometida.

Asimismo, incorporar el desarrollo de habilidades sociales en la educación preescolar implica una transformación de los modelos de enseñanza-aprendizaje tradicionales hacia propuestas pedagógicas centradas en el niño como sujeto activo, creativo y capaz de construir conocimiento en interacción con otros. Esta transformación demanda metodologías participativas, ambientes educativos emocionalmente seguros y prácticas de aula que valoren la diversidad y fomenten el pensamiento crítico desde edades tempranas. Como plantea la UNESCO (2021), la educación debe ser repensada para “capacitar a los estudiantes en la colaboración, la resolución pacífica de conflictos y la construcción de relaciones humanas sólidas y empáticas” (p. 22), reafirmando que las habilidades sociales no son una opción, sino un componente esencial para la sostenibilidad social y la justicia educativa.

En este marco, también resulta fundamental comprender que el desarrollo de habilidades sociales no es un proceso uniforme, sino que debe atender a las diferencias individuales de cada niño y a su contexto sociocultural. Una propuesta verdaderamente inclusiva reconocerá la singularidad de cada trayecto de desarrollo, adaptando las estrategias pedagógicas para asegurar que todos los niños —independientemente de sus condiciones socioeconómicas, culturales o de capacidades— tengan oportunidades efectivas para fortalecer sus competencias socioemocionales. Solo así será posible materializar una educación que, además de enseñar conocimientos, enseñe a ser, a convivir y a transformar positivamente los entornos en los que los niños crecerán y actuarán como ciudadanos.

El desarrollo de habilidades sociales en la educación preescolar encuentra respaldo en una amplia gama de estudios que demuestran su incidencia directa sobre el bienestar emocional, el rendimiento académico y la integración social de los niños. Uno de los principales argumentos a favor de su incorporación sistemática en el currículo es el carácter preventivo y formador que poseen estas competencias. Según Garay-Mantilla, Sánchez-Celis y Rodríguez-Sierra (2021), el juego cooperativo como estrategia pedagógica permitió "reflexionar sobre aquellos pequeños actos que cumplen una relevancia en su contexto" (p. 23), lo cual evidencia que las interacciones lúdicas son escenarios ideales para fomentar el liderazgo, el respeto y la toma de decisiones. Este tipo de resultados reafirma que los espacios de socialización temprana no sólo fortalecen vínculos afectivos, sino que educan para la vida ciudadana.

Otro argumento sustancial es el aporte que las habilidades sociales brindan al aprendizaje significativo. Tal como lo expresa Julca y Herrera (2024), “la capacidad de interactuar socialmente de manera adecuada está relacionada con el desarrollo emocional y cognitivo” (p. 8). Esta conexión entre lo social, lo emocional y lo cognitivo desbarata la falsa dicotomía entre razón y emoción en la educación, y abre el camino para una pedagogía integradora. Además, cuando los niños se comunican de forma efectiva, comprenden y regulan sus emociones, están en mejores condiciones para construir conocimiento de manera colaborativa, resolver conflictos de forma autónoma y expresar con claridad sus ideas, todo lo cual impacta positivamente en su desempeño escolar.

Asimismo, las experiencias internacionales en países de América Latina han demostrado que las estrategias que vinculan el entorno escolar con el familiar son más eficaces para fortalecer las habilidades sociales. En este sentido, Tuárez y Tarazona (2022) enfatizan que el juego permite a los niños entender las reglas sociales en un contexto cercano, lo cual no solo favorece la autorregulación, sino también la comprensión de normas colectivas que sustentan la convivencia. Cuando estas prácticas se acompañan con el compromiso de las familias, se potencia una red de apoyo que consolida en los niños valores como la solidaridad, la empatía y la cooperación más allá del aula. Este argumento fortalece la idea de una escuela abierta, articulada al tejido comunitario y comprometida con la formación integral del sujeto.

En contraste, otro elemento que respalda la urgencia de este abordaje es la debilidad institucional en materia de formación docente para el desarrollo de habilidades sociales. Jiménez-González (2021) señala que persisten limitaciones importantes en la implementación de programas orientados a promover habilidades sociales, debido a la escasa capacitación del profesorado. Esta falta de herramientas pedagógicas dificulta el abordaje intencionado, lo que deja a los niños desprotegidos frente a situaciones de conflicto, exclusión o discriminación en sus contextos escolares. En consecuencia, fortalecer la formación docente en este campo no solo es una necesidad técnica, sino una responsabilidad ética frente al derecho de los niños a desarrollarse integralmente.

Un argumento respaldado por fuentes oficiales se encuentra en el Ministerio de Educación Nacional (MEN), que en su más reciente lineamiento afirma:

Desde la primera infancia, el desarrollo de habilidades sociales y emocionales debe ser intencionado y coherente con las experiencias pedagógicas, ya que estas competencias son fundamentales para el reconocimiento del otro, la construcción de vínculos afectivos y la regulación de comportamientos en la vida cotidiana de los niños y niñas. (MEN, 2020, p. 15)

Este planteamiento evidencia la importancia que el Estado colombiano le otorga al fortalecimiento de las habilidades sociales desde los primeros años, no como parte complementaria del proceso educativo, sino como componente esencial del desarrollo humano. Reconocer al otro, establecer relaciones sanas y regular la conducta desde la infancia son elementos claves para prevenir situaciones de conflicto y fomentar una convivencia basada en el respeto mutuo. Esta perspectiva, impulsada por el MEN, invita

a repensar los enfoques curriculares tradicionales y a posicionar las habilidades sociales como ejes estructurales de la práctica pedagógica.

En consonancia con lo anterior, la Organización de las Naciones Unidas (ONU, 2022) advierte:

La adquisición de habilidades sociales y emocionales desde la infancia no solo mejora la relación del niño con su entorno inmediato, sino que actúa como un factor protector frente a la exclusión, la violencia y otras problemáticas sociales. Estas competencias deben ser fomentadas a través de entornos educativos seguros, afectivos e inclusivos que promuevan la participación activa y la toma de decisiones responsables.  
(p. 4)

Esta declaración reafirma que el desarrollo de las habilidades sociales constituye una estrategia pedagógica y social fundamental. En el contexto preescolar, su implementación contribuye a formar sujetos resilientes, con mayor capacidad para el trabajo colaborativo, la resolución pacífica de conflictos y el reconocimiento de la diversidad. Así, el fortalecimiento de estas competencias permite sentar las bases para una ciudadanía democrática y la construcción de comunidades escolares más justas y solidarias. Estas habilidades son fundamentales para garantizar que los niños se conviertan en agentes de cambio desde sus primeros años, promoviendo relaciones interpersonales positivas, la toma de decisiones éticas y el respeto por las diferencias culturales.

De manera complementaria, la UNESCO (2021) sostiene que:

Las habilidades sociales y emocionales no deben verse como una competencia añadida al sistema educativo, sino como una dimensión transversal que atraviesa todas las áreas del aprendizaje y que resulta

clave para preparar a los estudiantes para los desafíos del siglo XXI, desde la empatía y la colaboración hasta la toma de decisiones responsable y el pensamiento crítico. (p. 18)

Esta afirmación valida la visión integral de la educación, en el que las habilidades sociales no son un contenido adicional, sino una condición de posibilidad para cualquier proceso de enseñanza-aprendizaje. En el caso de la educación preescolar, este principio cobra especial sentido, ya que es en los primeros años donde se establecen las bases afectivas, comunicativas y éticas que permitirán al niño integrarse a su entorno con autonomía, sensibilidad y responsabilidad. Fomentar vínculos respetuosos, fortalecer la convivencia armónica y promover la autorregulación emocional desde la infancia son factores esenciales para prevenir conflictos y consolidar relaciones solidarias.

Por tanto, un argumento de fondo es que educar en habilidades sociales desde la etapa preescolar prepara a los niños para una ciudadanía crítica, solidaria y democrática. En investigaciones recientes, Fernández-Batanero et al. (2022) señalan que "la adquisición de competencias socioemocionales en la educación infantil es esencial para garantizar una ciudadanía participativa, comprometida y respetuosa con la diversidad" (p. 86). Las aulas son espacios privilegiados donde los niños pueden ensayar la cooperación, aprender a negociar, a resolver diferencias y a construir acuerdos. El fortalecimiento de las habilidades sociales permite formar sujetos éticos, participativos y comprometidos con la equidad, consolidando así la base para una convivencia pacífica y respetuosa.

Un elemento adicional para considerar es el papel preventivo que juegan las habilidades sociales frente a las problemáticas de convivencia escolar. Estudios recientes muestran que cuando los niños aprenden desde temprana edad a reconocer sus emociones, a gestionar conflictos de manera pacífica y a ponerse en el lugar del otro, disminuyen significativamente los índices de acoso escolar y violencia en las aulas. Desde esta perspectiva, la educación preescolar se convierte en el escenario ideal para la formación temprana de actitudes prosociales que impactan positivamente no solo en el clima escolar, sino también en la cultura de paz a nivel comunitario. Por ello, trabajar intencionadamente las habilidades sociales constituye no solo una acción pedagógica, sino también una apuesta por la transformación social desde las primeras etapas de la vida.

Asimismo, el fortalecimiento de las habilidades sociales en la educación inicial favorece el desarrollo de competencias ciudadanas fundamentales para el ejercicio democrático. La capacidad de escuchar, dialogar, colaborar y respetar opiniones diversas no surge de manera espontánea, sino que requiere ser promovida a través de experiencias educativas que valoren la participación activa y el reconocimiento del otro. Incorporar estas prácticas en la dinámica preescolar contribuye a formar sujetos capaces de construir consensos, asumir responsabilidades colectivas y defender principios de equidad y justicia. Así, la apuesta por la educación socioemocional desde la infancia trasciende el ámbito escolar para proyectarse como un pilar esencial en la construcción de sociedades más inclusivas y democráticas.

De igual forma, el fortalecimiento de las habilidades sociales desde la primera infancia incide directamente en la construcción de la identidad personal y colectiva. El reconocimiento del otro, la aceptación de la diversidad y la capacidad de establecer vínculos afectivos sólidos son componentes esenciales para la constitución de sujetos críticos, empáticos y participativos. Según recientes postulados de la UNESCO (2022), educar en habilidades sociales no solo mejora la calidad de vida de los niños, sino que también “contribuye a sociedades más inclusivas, sostenibles y resilientes” (p. 45). Esta perspectiva refuerza la necesidad de que las instituciones educativas, en todos sus niveles, incorporen de manera sistemática procesos de enseñanza-aprendizaje que promuevan el desarrollo socioemocional como base para la equidad social.

Por tanto, resulta pertinente señalar que el impulso de las habilidades sociales en la educación preescolar favorece la prevención de problemáticas sociales más amplias, tales como la discriminación, la violencia estructural y la exclusión social. Trabajar desde las primeras etapas de la vida en la gestión emocional, el diálogo intercultural y la resolución pacífica de conflictos permite sentar las bases de una ciudadanía comprometida con los valores democráticos y los derechos humanos. Desde esta perspectiva, la escuela preescolar deja de ser un simple espacio de preparación académica para convertirse en un agente activo de transformación social, capaz de contribuir a la consolidación de comunidades más justas, empáticas y solidarias.

A partir de los argumentos expuestos, se propone una transformación curricular que reconozca las habilidades sociales como un eje estructural del proceso formativo

en la educación preescolar. Esta transformación debe ir más allá de la inclusión de contenidos aislados y enfocarse en la transversalización de competencias como la empatía, la comunicación asertiva, la autorregulación emocional, el trabajo colaborativo y la resolución pacífica de conflictos. Todas estas habilidades deben estar presentes de forma intencionada en las dinámicas cotidianas del aula, integradas desde la planificación hasta la evaluación, con el fin de propiciar experiencias significativas para el desarrollo personal y social del niño. Reconocer las habilidades sociales como parte esencial del currículo exige, además, un cambio en la cultura pedagógica escolar que fomente relaciones horizontales, vínculos afectivos y entornos seguros para la infancia.

En este sentido, el Ministerio de Educación Nacional (2021) establece que “las habilidades socioemocionales fortalecen los procesos de aprendizaje, permiten la construcción de vínculos significativos en los contextos escolares y familiares, y deben ser promovidas desde una práctica pedagógica intencionada y pertinente al desarrollo de los niños y niñas” (p. 9). Esta orientación institucional respalda la necesidad de asumir la formación en habilidades sociales como una responsabilidad compartida entre los docentes, la familia y la comunidad educativa. Además, demanda un abordaje articulado entre los componentes curriculares, el clima escolar y los procesos de acompañamiento psicoemocional. Por lo tanto, la formación en habilidades sociales no puede ser delegada exclusivamente al área de ética o convivencia, sino que debe permear todas las áreas del saber, fortaleciendo el desarrollo humano integral desde la primera infancia.

La propuesta contempla, además, la implementación de espacios de formación docente enfocados en competencias socioemocionales. Estos espacios permitirán a los educadores no solo comprender la importancia de estas habilidades, sino también adquirir herramientas para su enseñanza efectiva. Asimismo, se recomienda fomentar prácticas pedagógicas lúdicas y colaborativas, tales como juegos de roles, dramatizaciones actividades grupales y círculos de diálogo, que propicien entornos afectivos, seguros y participativos para el aprendizaje. Estas estrategias deben adaptarse al contexto sociocultural de los estudiantes y promover una participación activa, en la que cada niño pueda expresar sus emociones, resolver conflictos de forma autónoma y cooperar con los demás. La labor del docente en este proceso incluye también modelar conductas sociales positivas, brindar retroalimentación afectiva y fortalecer la autoestima.

De este modo, se plantea la necesidad de establecer mecanismos de seguimiento y evaluación cualitativa que permitan valorar el impacto del desarrollo de habilidades sociales en los niños y niñas. Estos deben ser coherentes con los enfoques pedagógicos propuestos, evitando evaluaciones reduccionistas y promoviendo una mirada comprensiva del sujeto en su dimensión emocional, social y ética. En este marco, se proponen tres enfoques clave: el enfoque de desarrollo integral, que reconoce la interrelación entre lo cognitivo, lo afectivo y lo social; el enfoque lúdico, que valora el juego como vía privilegiada de aprendizaje en la infancia; y el enfoque humanista, que coloca al niño como sujeto activo, sensible y capaz de transformar su

entorno. De esta manera se logrará consolidar una educación preescolar que, además de preparar para lo académico, forme personas capaces de convivir, colaborar y construir comunidad desde los inicios de vida.

Una estrategia fundamental para fortalecer el desarrollo de habilidades sociales en la educación preescolar es la implementación de proyectos pedagógicos que integren componentes de convivencia, participación y diálogo. Estos proyectos permiten a los niños vivir experiencias significativas donde ponen en práctica valores como la empatía, la cooperación y el respeto mutuo en situaciones reales. A través de actividades lúdicas, dramatizaciones, juegos de roles y dinámicas grupales, los niños no solo aprenden habilidades comunicativas, sino también mecanismos de resolución pacífica de conflictos. Esta metodología no solo fortalece el tejido social dentro del aula, sino que promueve la construcción de comunidades escolares basadas en el afecto, el respeto y la solidaridad, principios esenciales para una sociedad democrática.

Asimismo, la propuesta contempla el fortalecimiento de la alianza entre la escuela y la familia como un eje transversal en la formación de habilidades sociales. Es indispensable que los procesos educativos intencionados en el aula encuentren continuidad en el entorno familiar, mediante estrategias de sensibilización, talleres de formación para padres y espacios de diálogo permanente. Involucrar a las familias en la promoción de competencias socioemocionales amplía el impacto educativo y genera un ambiente más coherente para el niño, donde las normas, los valores y las prácticas de convivencia se refuerzan mutuamente. De este modo, se construye una red de apoyo

sólida que favorece el bienestar emocional de los estudiantes y potencia su desarrollo integral desde una perspectiva sistémica.

En este mismo sentido, resulta necesario integrar la perspectiva de la diversidad cultural en las estrategias de fortalecimiento de habilidades sociales. Los contextos educativos en América Latina, y en particular en Colombia, están marcados por una pluralidad de identidades étnicas, lingüísticas y sociales que deben ser reconocidas y valoradas desde la primera infancia. La educación preescolar debe propiciar espacios de encuentro intercultural, donde el diálogo y el respeto por la diferencia se conviertan en pilares de la convivencia. Promover prácticas pedagógicas que incluyan narrativas diversas, juegos tradicionales y celebraciones multiculturales permite a los niños internalizar desde temprana edad valores como la tolerancia, la solidaridad y el reconocimiento de la alteridad, fundamentales para una ciudadanía democrática y plural.

Asimismo, la propuesta educativa debe contemplar la inclusión de recursos tecnológicos de manera crítica y pedagógica en la enseñanza de habilidades sociales. Herramientas digitales como aplicaciones lúdicas, plataformas de colaboración virtual y contenidos audiovisuales pueden enriquecer las experiencias de aprendizaje, favoreciendo el desarrollo de competencias comunicativas, emocionales y éticas en los niños. Sin embargo, su uso debe estar mediado por criterios pedagógicos claros que privilegien la interacción social, la reflexión crítica y la regulación emocional, evitando que las tecnologías generen aislamiento o pasividad. Integrar las TIC de forma

pertinente puede ampliar los escenarios de socialización y fomentar nuevas formas de cooperación y diálogo en el aula preescolar.

Por tanto, para consolidar el enfoque propuesto, se sugiere establecer comunidades de práctica docente que promuevan el intercambio de experiencias exitosas, la reflexión colectiva y la construcción colaborativa de estrategias para el fortalecimiento de habilidades sociales. Estas comunidades permitirán a los educadores revisar críticamente sus prácticas, adaptar metodologías a las necesidades de sus estudiantes y sostener un proceso de formación continua centrado en la dimensión socioemocional del aprendizaje. Así, se generará un tejido pedagógico que favorezca la transformación de la cultura escolar hacia una educación más afectiva, inclusiva y comprometida con la formación integral de los niños desde sus primeros años.

## CONCLUSIONES Y REFLEXIONES FINALES

Consecuente con los desafíos identificados y las estrategias propuestas, las reflexiones finales destacan la urgencia de una educación preescolar comprometida con la formación socioemocional integral. La presente reflexión ha permitido argumentar con fundamento teórico, pedagógico e institucional la necesidad de incorporar de manera sistemática el desarrollo de habilidades sociales en la educación preescolar. A lo largo del texto se ha evidenciado que estas competencias no son un complemento secundario, sino un componente estructural del desarrollo integral infantil, íntimamente ligado al bienestar emocional, la convivencia pacífica y la formación de una ciudadanía crítica. Ignorar su enseñanza intencionada desde los primeros años constituye una forma de exclusión simbólica que priva a los niños y niñas de herramientas esenciales para comprenderse a sí mismos y relacionarse con los demás.

Los hallazgos aquí analizados indican que las habilidades sociales fortalecen no solo los aprendizajes académicos, sino también la autoestima, la autorregulación emocional, el respeto por la diferencia y la participación activa. Desde las orientaciones del MEN, la ONU y la UNESCO, se reafirma que estas competencias deben ser parte transversal del currículo y no pueden depender únicamente de la voluntad individual del docente. En contextos latinoamericanos y colombianos, marcados por la desigualdad y el conflicto, su inclusión en la educación inicial representa una apuesta por la justicia social, la prevención de la violencia y la construcción de paz desde la infancia.

En coherencia con los enfoques propuestos como el desarrollo integral, lúdico y humanista, se sostiene que formar en habilidades sociales involucra transformar las prácticas pedagógicas tradicionales, promoviendo espacios seguros, afectivos y participativos. Esta transformación requiere formación docente, acompañamiento institucional y participación activa de las familias. Finalmente, se invita a continuar investigando sobre la implementación de estas propuestas en diversos contextos, reconociendo que educar en habilidades sociales es educar para la vida, la convivencia y la democracia desde las primeras etapas del desarrollo humano.

La importancia de consolidar las habilidades sociales en la educación preescolar también radica en su impacto a largo plazo en la vida adulta. Un niño que aprende a gestionar sus emociones, a establecer relaciones empáticas y a resolver conflictos de manera asertiva tiene mayores posibilidades de convertirse en un ciudadano capaz de participar de manera constructiva en los diferentes escenarios sociales. De este modo, el enfoque en competencias socioemocionales no solo atiende a necesidades inmediatas del proceso educativo, sino que proyecta su efecto en la formación de generaciones más tolerantes, solidarias y críticas, capaces de construir entornos de convivencia más equitativos y democráticos.

Igualmente, es necesario reconocer que la implementación efectiva de programas de desarrollo de habilidades sociales enfrenta desafíos que deben ser abordados de manera consciente. Entre ellos se encuentran la resistencia a cambiar paradigmas tradicionales de enseñanza, la falta de formación específica en los

docentes y la necesidad de recursos pedagógicos adecuados. Superar estas barreras exige voluntad política, compromiso institucional y la incorporación de políticas educativas que consideren el bienestar socioemocional como un derecho fundamental en la infancia. Sólo en la medida en que estas acciones se materialicen será posible cerrar la brecha entre el discurso de la educación integral y las prácticas reales en las aulas.

Por ello, la reflexión realizada en este ensayo invita a entender que la enseñanza de habilidades sociales no puede ser concebida como un añadido superficial dentro del currículo, sino como una dimensión esencial de todo proceso educativo transformador. A través de una pedagogía humanista, lúdica y centrada en el sujeto, la educación preescolar puede convertirse en el primer espacio donde los niños experimenten el valor de la cooperación, el respeto y la empatía. Apostar por el fortalecimiento de estas competencias desde los primeros años de vida es, en esencia, apostar por un modelo educativo más justo, inclusivo y comprometido con la formación de ciudadanos capaces de convivir y transformar positivamente su entorno social.

De igual manera, fortalecer las habilidades sociales en la educación preescolar significa reconocer el rol protagónico de los niños como agentes activos de su propio aprendizaje. No se trata solo de enseñar normas de comportamiento, sino de favorecer procesos de reflexión, autorregulación y construcción colectiva de sentido. Este enfoque potencia la autonomía, la autoestima y el pensamiento crítico desde edades tempranas, permitiendo que los niños asuman responsabilidades dentro de su grupo, expresen sus

opiniones de manera respetuosa y aprendan a tomar decisiones de forma ética. En esta perspectiva, la educación socioemocional no se limita al contexto escolar, sino que prepara a los niños para desenvolverse en una sociedad diversa, dinámica y cada vez más exigente en términos de competencias humanas.

En este contexto, resulta prioritario que las políticas públicas en educación incorporen de manera explícita y operativa la formación en habilidades sociales como un derecho de la infancia y un deber del sistema educativo. No basta con enunciar su importancia en documentos normativos; es indispensable traducir estos postulados en prácticas pedagógicas concretas, recursos didácticos pertinentes, programas de formación docente continuada y sistemas de evaluación cualitativa. Solo así se logrará pasar de un enfoque declarativo a una implementación real que transforme las experiencias educativas cotidianas de los niños, consolidando una educación preescolar que sea verdaderamente integral, inclusiva y comprometida con la construcción de sociedades más justas y solidarias. Finalmente, resulta indispensable seguir investigando y evaluando de manera sistemática el impacto de estas estrategias en los entornos escolares, asegurando su sostenibilidad en el tiempo y su contribución efectiva a la transformación social de la educación preescolar.

## Referencias

- Álvarez-García, D., González-Castro, P., Núñez, J. C., Álvarez, L., & González-Pianda, J. A. (2020). Perfiles de habilidades sociales y su relación con el ajuste psicosocial en la adolescencia. *Anales de Psicología*, 36(1), 1–9. <https://doi.org/10.6018/analesps.358731>
- Domínguez, A., García, J., & López, M. (2021). Educación emocional y competencias sociales para la ciudadanía global. *Revista Iberoamericana de Educación*, 85(1), 87–100. <https://doi.org/10.35362/rie8514636>
- Corzo Orozco, Y. A. (2020). *Fortalecimiento de las habilidades sociales en los niños de transición a través de una propuesta pedagógica en una institución pública de la ciudad de Bucaramanga*. Universidad Autónoma de Bucaramanga. <https://repository.unab.edu.co/handle/20.500.12749/12087>
- Fernández-Batanero, J. M., Montenegro-Rueda, M., & Martínez, S. (2022). Competencias socioemocionales en educación infantil: clave para la ciudadanía democrática. *Revista Complutense de Educación*, 33(1), 75–90. <https://doi.org/10.5209/rced.77543>
- Garay-Mantilla, M., Sánchez-Celis, E., & Rodríguez-Sierra, A. (2021). El juego cooperativo como estrategia pedagógica para promover el buen manejo y la recolección de residuos sólidos. *Praxis*, 17(1), 55-68. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=8071093>
- Jiménez-González, L. (2021). *Colaboración entre adultos significativos para la comunicación de aprendizajes de los niños y niñas de transición*. Institución Universitaria Tecnológico de Antioquia. <https://dspace.tdea.edu.co/handle/tdea/1920>
- Julca, M., & Herrera, K. (2024). *Habilidades de interacción social en niños de una institución educativa de Chiclayo, 2024*. Universidad Señor de Sipán. <https://repositorio.uss.edu.pe/handle/20.500.12802/13432>
- Ministerio de Educación Nacional (MEN). (2020). *Lineamientos pedagógicos para la atención integral a la primera infancia*. Bogotá D.C.: MEN. <https://www.mineduacion.gov.co/portal/micrositios-preescolar/Lineamientos-pedagogicos-para-la-atencion-integral-a-la-primera-infancia/398537:Lineamientos-pedagogicos>
- Ministerio de Educación Nacional. (2021). *Orientaciones pedagógicas para el fortalecimiento de habilidades socioemocionales en la educación inicial*. Bogotá D.C.: MEN. [https://www.mineduacion.gov.co/1759/articles-401231\\_recurso\\_1.pdf](https://www.mineduacion.gov.co/1759/articles-401231_recurso_1.pdf)
- Murillo, F. J., & Duk, C. (2021). *Educación para la paz: teoría y praxis en contextos escolares*. Editorial Octaedro.

- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (2022). *La educación y el desarrollo de habilidades sociales y emocionales previenen el uso de sustancias, dice la UNODC*. Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. <https://www.unodc.org/unodc/es/listen-first/success-stories/2022/january/education-and-social-and-emotional-skill-development-prevents-substance-use-says-uns-office-on-drugs-and-crime.html>
- Tuárez, J., & Tarazona, A. (2022). Metodología lúdica en la construcción de la identidad y autonomía de los niños de Educación Inicial. *Revista EDUCARE-UPEL-IPB-Segunda Nueva Etapa 2.0*, 26(Extraordinario), 459-475. <https://revistas.investigacion-upelipb.com/index.php/educare/article/view/1682>
- UNESCO. (2021). *Replantear la educación: hacia un bien común mundial*. París: Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000374708>